

cuaderno sobre el superpoderío imperial y
su ideólogo Carl Schmitt nº 164

la
lettre
de **philosophie**
magazine



© Catherine Meurisse pour Philosophie magazine

Buenos días,

Al escuchar las reacciones contrastadas de los dirigentes europeos ante la amenaza de Donald Trump de imponerles nuevos aranceles a los que se opongan a su proyecto de anexarse a Groenlandia, pensé en el filósofo **Leo Strauss** y en su visión de las “tres olas” de la Modernidad, de **Maquiavelo a Nietzsche**. Y me dije a mí mismo: puede ser que frente a un adversario como Trump, sólo encontremos los recursos para librar la batalla remontando al revés la pendiente de nuestra propia historia.

Según sus propios términos la nueva amenaza formulada por Donald Trump durante el week-end no da lugar a ningún “equivoco”. Si los ocho países europeos (especialmente Francia, Alemania, y el Reino Unido), que han levantado barricadas contra el proyecto de anexión o de compra de Groenlandia persisten, verán cómo se les imponen aranceles de un 10% a partir del 1º de febrero. Dispuesto a entablar una guerra comercial.

Por el lado de los europeos, so capa de exhibir una respuesta firme y unitaria contra una amenaza “inaceptable”, las voces pronto se

revelaron discordantes sobre el tipo de respuestas que había que dar. Mientras que **Emmanuel Macron** propone activar el instrumento “anti-coerción” – **una “bazooka comercial” nunca utilizada pero susceptible de impedir el acceso de las empresas norteamericanas al mercado europeo** –, **Giorgia Meloni**, al mismo tiempo que calificaba la retorsión de Trump como un “error”, considera que “*lo que existe es un problema de comprensión y de comunicación*” entre Europa y los EE. UU. en lo referente a Groenlandia. En el mismo registro, la Comisión europea llamaba al “diálogo” antes que a “*la escalada*”. En resumen, si un pequeño número propone poner cara e instalar una relación de fuerza abierta con la América de Trump, otros continúan blandiendo la idea de un “malentendido”. Sin mencionar al Primer ministro eslovaco **Robert Fico** que, en visita a Mar-a-Lago este fin de semana, formuló su “*total acuerdo*” con el presidente norteamericano sobre la crisis de la UE...

Tras este espectro de actitudes contradictorias, yo creo que se encuentran las tres grandes concepciones de la política que han constituido la historia de la Europa moderna. Si tenemos en cuenta al filósofo **Leo Strauss** (1899-1973), la Modernidad europea ha sido recorrida en efecto por tres grandes “**marejadas**”, que él asigna a tres grandes pensadores.

La primera, iniciada por **Maquiavelo**, parte de la idea que hay que “*rebajar el punto de mira*” con respecto a las Ciudades ideales forjadas por **Platón** y por **Aristóteles**: interesarse en la “*realidad efectiva*” de las relaciones de fuerzas, aceptar, de ser necesario, “*entrar en el mal*”, decidirse a actuar con resolución por torcer la historia con tal de preservar la república de sus adversarios. La política se vuelve entonces una “*técnica*”. Retomada por **Hobbes** y por **Locke**, ella conducirá a la formación de los Estados modernos.

La segunda ola de la Modernidad la encarnó, según Strauss, **Rousseau**: en momentos en que se perdía la idea de una ley y de una razón natural, ella busca en el sentimiento de la existencia y de la bondad natural del hombre una palanca para resistir a la corrupción del comercio y de la guerra de todos contra todos que retumba bajo la paz. Privado de un patrón de medida en la naturaleza, el hombre encuentra en la voluntad general el criterio de lo justo. Lo universal sólo constituye ley... pero parece privado de fuerza. Al final del camino se trata de la idea de que el diálogo y la argumentación racional son el único instrumento de que se dispone para hacer reconocer su buen derecho.

Finalmente, la tercera ola vino con **Nietzsche** que descubre con el “*sentido histórico*” el hecho de que todos los valores, naturales o universales, a nombre de los cuales la humanidad se ha batido... son invenciones históricas, relativas, fechadas, frágiles.

Estas son pues las tres olas que han producido la Modernidad, según Strauss: **la conquista, política y tecnológica, del poder** que sustituyó al ideal utópico de los Antiguos; segundo **la búsqueda de una reconciliación por**

medio de la razón; y en fin el **descubrimiento de lo relativo** y de la pluralidad irreductible de los valores. Cada una está presente en las actitudes adoptadas hoy por los Europeos frente a Trump: los unos piensa actuar de manera resuelta y que el agresor lo sienta donde más le duele; los otros invocan la razón comunicacional; en cuanto a los últimos se pliegan ya al nuevo amo del momento y a sus valores. Pero su afirmación desordenada no produce ninguna coherencia. Peor aún, se autodestruyen entre ellas.

Era ya el caso en el esquema propuesto por Strauss: cada ola parece imponérsele a la anterior: el relativismo de Nietzsche absorbe el derecho de Rousseau, que a su vez se traga la política de Maquiavelo. Ahora que Donald Trump somete a la Modernidad a una nueva crisis, quizás sería necesario hacer que las tres olas que han constituido nuestra historia puedan articularse nuevamente, de otra manera. Habría que llegar a **sostener juntas la idea de la potencia, de lo universal y de lo plural.** Rehacerle una plaza a la acción política y a sus obligaciones propias, sin borrar la exigencia del derecho y de lo universal, manteniendo la consciencia de que siempre estamos llevados por una historia que nunca obedece a la Razón. Y no olvidemos que a falta de lograr deslizar la una en la otra, las tres olas de la Modernidad pueden también dar nacimiento a tempestades. Como lo subraya Leo Strauss: *“La teoría de la democracia liberal, como la del comunismo, se ha originado en la primera y la segunda olas de la modernidad; **está demostrado que la implicación política de la tercera es el fascismo.**”*

Más allá del desafío político, es claramente un desafío filosófico el que le espera a Europa.

**Martin
Legros**

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, enero 20 de 2026



Punto de doctrina

Marcel Gauchet: “El ‘momento Trump’ es el del despertar ofensivo de la potencia norteamericana frente a un mundo que se le escapa”

[Marcel Gauchet](#), conversación con [Michel Eltchaninoff](#) publicada el 12 de enero de 2026

Donald Trump no está reconstruyendo un imperio americano. Es la tesis de **Marcel Gauchet**, para quien los EE. UU. son ante todo una gran potencia que se protege, así como China y Rusia. En realidad, las crisis actuales no son más que la continuación de la «*desimperialización del mundo*». Ellas sin embargo le lanzan a los europeos el desafío de reinventar la democracia liberal.

En *Le Nœud démocratique* (Gallimard, 2024), Ud. sostiene que la «desimperialización del mundo», que le ha permitido a los siglos XIX y XX el triunfo del Estado-nación, es un proceso ineluctable y adquirido. La nueva doctrina estadounidense, que pretende una dominación sobre todo el «hemisferio occidental», y que se materializa en la operación en Venezuela y las amenazas sobre Cuba o Groenlandia, ¿sólo representa realmente «sobresaltos» de esta desimperialización?

Marcel Gauchet: No es la primera vez que se debate sobre ¡el «imperialismo gringo»! Tenemos que reactivar la memoria de esas discusiones que hoy, al menos en Europa, tenemos ya olvidadas. [Raymond Aron](#), que criticaba las tesis marxistas-leninistas, lanzó una excelente fórmula cuando llamó a los EE.

UU. la «República imperial». Se sigue aplicando. Pero no se debe confundir «comportamiento imperial» con «imperialismo», que es una variedad bien definida del fenómeno «imperio» en todo el rigor del término. Hubo dos imperios totalitarios en el siglo XX, el imperio nacional-socialista alemán y el imperio comunista soviético. Evidentemente que no estamos en estos mismos casos. Hasta hace poco hablábamos de «hiperpotencia» con respecto a los EE. UU. de los años 1990 para designar su posición solar, en el centro del sistema mundial luego, precisamente, de la fragmentación del imperio soviético. Pero con toda razón no se hablaba de imperio con respecto a ese monopolio de la potencia a escala global, porque no se discutía el asunto de la libertad que tienen los pueblos de decidir sobre su propia suerte. Porque si tomamos en serio las nociones de imperio o de imperialismo, de esto es de lo que hablamos.

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, enero 30 de 2026



El gran análisis

¿Vamos camino al fin del derecho internacional? El regreso con fuerza de Carl Schmitt

[Anne-Sophie Moreau](#), publicado el 14 de enero de 2026

Ucrania, Venezuela, Groenlandia... Parece que el mundo entró a una nueva era: la de las relaciones de fuerza. ¿y si una de las claves para comprender esta evolución brutal se encontrara en **Carl Schmitt**? En efecto, el polémico jurista del III^{er} Reich ha vuelto a ser una referencia a la derecha como a la izquierda, y hasta en Silicon Valley.

«Frente a un mundo más brutal, la nación debe ser más fuerte», declaraba en julio pasado **Emmanuel Macron** en su discurso a las fuerzas armadas. Antes de anunciar un alza del presupuesto de defensa, pues *«para ser libres en este mundo hay que ser temido; para ser temido, hay que ser poderoso.»* Una arenga cuyo acento marcial ha podido chocar.

Sin embargo ¿quién podría discutir el diagnóstico? Luego de la invasión de Ucrania por parte de Rusia y de la reelección de **Donald Trump**, hemos entrado en una nueva era en la que la acción política ya no está soportada en convicciones, sino en las puras relaciones de fuerza. Se acabaron los bellos discursos y las alianzas del pasado; ante los nuevos «amos del mundo», se ha vuelto inútil invocar el peso de la historia o la belleza de la cooperación. A los ojos de Trump o de un **Putin**, los valores europeos –pacifismo, libre-

intercambio, integridad territorial...– son palabras huecas, que sólo sirven para enmascarar la hipocresía de organizaciones internacionales que ellos consideran en el mejor de los casos como inútiles, y en el peor como obstáculos a sus ambiciones.

El jurista del III^r Reich

Para pensar este deslizamiento, muchos observadores recurren a un, por decir lo menos, polémico autor alemán: Carl Schmitt. Nacido en 1888, el teórico del derecho fue conocido sobre todo por sus definición de lo político en términos de la oposición entre amigo y enemigo, pero también por su compromiso a favor del III^r Reich, del que se volvió una especie de jurista oficial. Y aun cuando luego perdió sus funciones en el seno del partido, continuó estando estrechamente ligado al régimen nazi.

En el plano biográfico, las razones para atacar a Schmitt son innumerables: se adhiere a NSDAP, el partido nazi, desde el 1^o de mayo de 1933, apenas tres meses después de la llegada de **Hitler** a la cancillería, por tanto suficientemente temprano como para que el futuro dictador lo haya podido reconocer; **sus escritos antisemitas** no dejan ninguna duda sobre sus tendencias nazis; finalmente, escribe un cierto número de artículos que justifican el saqueo de la democracia en provecho del régimen hitleriano –entre los cuales está el tristemente célebre «**El Führer protege el derecho**», que busca legitimar la masacre de la **Noche de los cuchillos largos**, en 1934. «*El Führer protege el derecho de sus peores utilizaciones; a la hora del peligro y en virtud de su cualidad de guía, se convierte en juez supremo que crea derecho directamente*», escribe entonces el jurista.

¿Cómo se nos ocurre imaginar que una tal figura pueda ayudarnos a aclarar el tiempo presente? Schmitt ¿acaso no es de esos autores que sería mejor olvidar, cuya simple evocación hace temblar de rabia a los constitucionalistas? La paradoja es inmensa: cuando se multiplican los atentados contra el Estado de derecho, buscamos referirnos a quien, en el pasado, precisamente teoriza sobre la necesidad de deshacerse de él. Schmitt es *el* pensador que criticó la democracia y sus debilidades al punto de querer deshacerse de ella. Sin embargo su obra es imprescindible para comprender el presente, como lo han afirmado recientemente filósofos tanto de izquierda como de derecha. Pero ¿en qué sentido?

Designar al enemigo

Para comprenderlo, vayamos a la tesis fundadora de Schmitt. En *La Noción de política* (1927), el jurista observa que cuando se trata de moralidad se recurre a la distinción entre el bien y el mal; en estética, se invocan las nociones de bello y de feo; en economía, las de rentable y no-rentable. ¿Cuál es el criterio equivalente en política? Para Schmitt, *«la distinción específica de lo político, a la que se pueden reducir los actos y los móviles políticos es la discriminación del amigo y del enemigo.»*

Este enemigo político *«no necesariamente será malo moralmente o feo desde el punto de vista estético, no jugará necesariamente el papel de un competidor al nivel de la economía, a veces incluso parecerá ventajoso hacer negocios con él [...] resulta simplemente que él es el otro, el extranjero.»* El interés de esta visión es que permite, entre comillas, no tener sentimientos: se trata de no hacer juicios de valor para solo interesarse en las relaciones de fuerza, en la posibilidad o no de preservar sus intereses bien comprendidos.

¿No estamos reconociendo acá la marca de la política extranjera ‘con salda Trump’? *«Cuando se observa la manera cómo actúa y habla el presidente de los EE. UU., no es difícil constatar la proximidad con la tesis schmitciana de la relación amigo-enemigo, nos confirma Jean-François Kervégan, filósofo del derecho y especialista en Carl Schmitt, al que hemos contactado. Trump designa sus enemigos y actúa en consecuencia.»* Una constatación que se puede llegar a matizar si se tiene en cuenta su lado *businessman*. Según el filósofo **Jean-Claude Monod**, *«el estilo de Trump está más bien inspirado en el deal comercial; ahora bien a Schmitt no le gustaba para nada ver a la política dominada por la economía. Pero su afirmación de un imperialismo bruto a nombre de la irradiación de los EE. UU. es muy schmitciano.»*

La edad de los imperios

En efecto existe un segundo elemento clave del pensamiento de Schmitt susceptible de aclarar el mundo en el que vivimos: el regreso de los imperios. *«Actualmente, los dirigentes de los EE. UU., de la China y de Rusia razonan en términos imperiales, constata Kervégan. El discurso constante de las autoridades rusas consiste en decir que ellas tienen el derecho de reservarse un espacio de protección que va más allá de sus fronteras. Se trata de ejercer un control sobre su entorno, sea por la fuerza, sea por la influencia. La China está haciendo lo mismo con Taiwán.»* La reelección de Trump marcó la entrada en una nueva era, la de un intervencionismo estadounidense asumido – a pesar de sus promesas inversas de campaña. Con la operación «Absolute Resolve», que terminó a comienzos de enero de 2026 con el secuestro del

presidente **Maduro**, los EE. UU. se permitieron deponer un dirigente en ejercicio en un país extranjero, con el objetivo declarado de un aumento de su poder económico al dominar el acceso a lo que consideran de nuevo como su zona de influencia.

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, enero 30 de 2026



Gran entrevista

Gilles Lipovetsky: “En nuestra época hipermoderna, ya no existe límite infranqueable”

[Gilles Lipovetsky](#), conversación con Iris Ardeois publicada el 15 de enero de 2026

Regreso de los imperios, desarrollo acelerado de la inteligencia artificial, triunfo del individualismo... La humanidad parece querer saltarse todos los límites y hacer entrar al mundo en una nueva era. En su nuevo libro *L’Odyssee de la surpuissance* (Odile Jacob), **Gilles Lipovetsky** se propone analizar esta mutación con la ayuda de un concepto nuevo: el de *superpotencia*. En esta entrevista nos lo explica.

En su libro *L’Odyssee de la surpuissance*, Ud. introduce la noción de superpoderío en un momento en que los imperios se afirman en detrimento de la limitación que representa el derecho. ¿Es el superpodería ante todo político?

Gilles Lipovetsky: Es cierto que hemos entrado en la civilización del superpodería, pero, en este marco, lo político sólo representa uno de los aspectos de la superpotencia contemporánea. Ahora bien, esta es básicamente global y se afirma hoy a través de cuatro polos: las tecnociencias, el capitalismo neoliberal planetario, el hiperindividualismo y las relaciones geopolíticas. La idea de superpotencia acompaña la historia de la humanidad. Durante muchos tiempo tuvo que ver con lo sagrado y lo político. Nació hace al menos cinco mil años, con las religiones politeístas y monoteístas, y se ha desplegado igualmente a través de los grandes imperios: la sobrepotencia es entonces de tipo teológico-político. Luego sobrevino una primera ruptura con la civilización moderna y el nacimiento de la democracia, que reposa sobre una lógica de superpotencia política secularizada, puesto que es la sociedad la que se da a sí

misma sus propias leyes. Los totalitarismos también han encarnado una figura bien importante de la superpotencia política moderna, al ser en ellos lo político la instancia que dirige como amo absoluto y en un régimen del terror aterrador el todo colectivo. Después de la Segunda Guerra mundial, aparece una nueva fase histórica que yo llamo hipermoderna. Aquí el sobrepodería ya no es solamente político, sino metapolítico, supra- ou infrapolítico. Las tecnociencias son testigo de ello, con la conquista del espacio, las nanotecnologías, las biotecnologías, la IA. El universo hipertecnológico encarna al máximo la dinámica del sobrepoderío: acceso a lo infinitamente grande y a lo infinitamente pequeño, franqueando umbrales de lo posible, potencia de cálculo vertiginosa.

La sobrepotencia tecnocientífica aparece como la conquista de los infinitos, el desafío lanzado a todas las barreras. De acá en adelante todo límite se lo percibe como un obstáculo por franquear, un desafío por superar. Paralelamente la economía capitalista se ha extendido al planeta entero, transformando toda realidad y todo deseo en mercancía, refaccionando de arriba abajo las estructuras de lo cotidiano, que redefinen la manera cómo los individuos consumen, se comunican, viajan, trabajan e incluso piensan: una potencia colosal que, llevada por mega-empresas cuyas capitalizaciones bursátiles superan con mucho el PIB de muchos Estados, ha revolucionado por completo los modos de vida de todos. Pero también se ve triunfar un individualismo de superpotencia marcado por el rechazo o la borrada de todos los límites, la reivindicación del derecho a poderlo escoger todo: su identidad de género, su apariencia corporal, la manera de dar a luz, el modo de procreación, el momento de su muerte. Testigos de todo esto los movimientos LGBTQI+, el derecho a cambiar de estado civil, de nombre y de sexo, las reivindicaciones *queer* que cuestionan las normas dicotómicas del género y de la sexualidad, o también la PMA y la GPA, pero además los deportes extremos, el dopaje, el *body-building*, la cirugía estética. Contrariamente a las civilizaciones precedentes en las que el orden de Dios representaba un límite absoluto, ya no existe en la hipermodernidad límite planteado como infranqueable. Hoy el sobrepoderío puede ser definido como la conquista de lo ilimitado en todos los dominios. «*No Limit*» aparece como la divisa de la civilización del sobre-poderío. La hipermodernidad, no es la desaparición de las grandes finalidades ideológicas sino la llegada de un régimen global de la potencia, la hiperbolización de los dispositivos y del espíritu de poderío aplicándose a los sectores claves de nuestras sociedades.

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, enero 31 de 2026



Nostalgia

1966, año filosófico

Frédéric Manzini, publicado el 13 de enero de 2026

Mientras que Antoine Compagnon acaba de publicar *1966, année mirifique* (Gallimard), vemos que aparece igualmente el *Séminaire livre XIII. L'objet de la psychanalyse* de Jacques Lacan (Seuil, 2026), que se realizó aquel año, en el que triunfa el estructuralismo. ¿Y si el año 1966 constituyera el apogeo de la vida intelectual francesa de la post-guerra?

Indiscutiblemente, 1968 fue un año importante en Europe, que quedó grabado en las memorias por la Primavera de Praga y las protestas de calle en el mes de mayo en Francia. Por su lado 1969 estuvo marcado por la conquista de la Luna, por Woodstock, y –más livianamente– por la canción de Serge Gainsbourg, *69, année érotique*. Pero ¿quién se acuerda todavía del discreto año de 1966? ¿Qué sucedió tan notable?

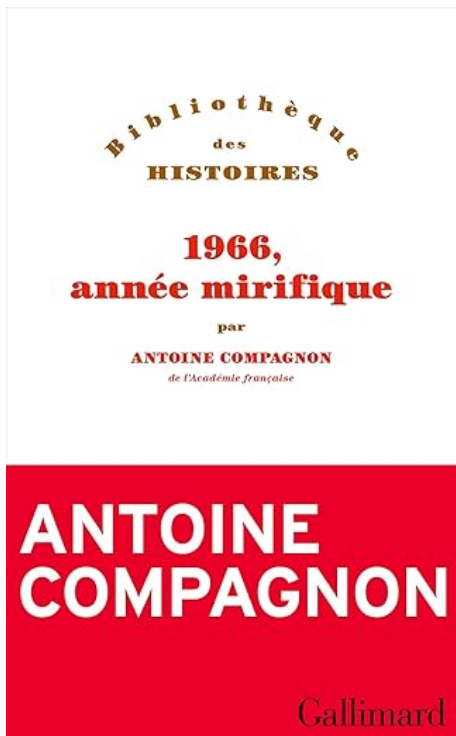
¿Una «segunda revolución francesa»?

En la obra que le consagra, presentada como la «*novela de un año*», reconoce de entrada que 1966 parece un «*año para olvidar, insignificante*», tan anodino a primera vista como lo fue el «*Año 1817*» del que Victor Hugo hizo la

crónica en *Los Miserables*. Sin embargo si se lo mira de más cerca él rehúsa ver en 1966 un paréntesis llano y ordinario de la historia de Francia:

«Aunque los historiadores de Francia rara vez se detengan entre 1958, 1962 y 1968, el año 1966 es a mi manera de ver [un año incomparable con ningún otro]. Es incluso un año que se ha ido enriqueciendo, profundo, estupefactivo, a medida que me iba hundiendo en él, lo más parecido al tipo mismo del *annus mirabilis*, es decir mágico, prodigioso, asombroso, en suma un año mirífico.»
Antoine Compagnon, *1966, année mirifique* (Gallimard, 2026), p. 14.

¿Por qué un tal entusiasmo, que lleva incluso al nostálgico Compagnon a afirmar que 1966 fue un «año mágico», un «año de los más importantes en la historia contemporánea de Francia», emblemático de lo que él considera la «segunda revolución francesa»? Si la prosperidad de los Treinta Gloriosos <1945-1975> y la transformación rápida de las costumbres contribuyó a ello sin duda <mayo de 1960 comenzó la venta masiva de anticonceptivos>, es sobre todo en el hervidero de las ideas y de las artes donde reside el prodigio de 1966: un año que Francia creyó que pasaba sin pena ni gloria, pero que, en los anfiteatros de las universidades, en las librerías, en los cines y los teatros, se daba ya una explosión cultural e intelectual.



<contraportada del libro> «El año de los cabellos largos <los Beatles> y la minifalda », resume el diario retrospectivo de las *Actualidades francesas* el 27 de diciembre de 1966. Cima de los Treinta Gloriosos, llegada a la edad adulta de los hijos del *baby-boom*, comienzo de una revolución acelerada de las costumbres y entrada en una sociedad de la abundancia, 1966 fue un año que giró en muchísimos frentes —demográfico, económico, político, social & cultural.

Esta pesquisa profundamente innovadora está dedicada a restituir el tejido de sus días donde se entrecruzan, entre la marea estructuralista y la *Nouvelle Vague*, Georges Perec, Michel Foucault, el encendedor desechable, André Malraux, los libros de bolsillo, *La Grande Vadrouille* <*La gran juerga* o *La fuga fantástica*, célebre película de comedia francesa, dirigida por Gérard Oury y protagonizada por Louis de Funès y Bourvil>, la microcassette Philips, así como Marguerite Duras, Aragon, Jean-Luc Godard, Roland Barthes y muchos otros. Es asunto de cosas y de palabras, de sonidos y de imágenes, pero también de historia y de sociología, de cine y de televisión, de poesía y de música, también de revuelta —dos años antes de Mayo—, y de memoria, con el debate abierto sobre los campos de concentración y de exterminio. Se la requería para recomponer este incendio prodigioso que marca un umbral entre dos épocas.

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, febrero 1º de 2026